

El señor Zorro iba acompañado de un Chivo, amigo suyo, gallardo y de torcidos cuernos, pero de muy cortos alcances. Obligoles la sed a bajar a un pozo, donde bebieron a sus anchas. Satisfecha la necesidad, dijo el Zorro al Chivo:

—¿Qué haremos, compadre?, la dificultad no estaba en beber, sino en salir de aquí. Levanta las patas y también los cuernos; apóyalos contra el muro; a lo largo de tu espinazo subiré yo primero, treparé después sobre la cornamenta, y de esta manera llegaré a la boca del pozo. Una vez arriba, yo te sacaré.

—¡Por mis barbas! -dijo el Chivo-, que es buena ocurrencia la tuya, y por ella te felicito. Nunca hubiera tenido yo tan feliz idea.

Salió el Zorro del pozo, dejó en él a su camarada, y le hizo un buen sermón para que se conformase.

—Si Dios te hubiese dado tan largos los alcances como la chotera, no te hubieras metido en el pozo a tontas y a locas. ¡Adiós! pues; yo estoy ya fuera; sal como puedas, porque tengo cierto negocio que no me deja detenerme.

En todas las cosas, no hay que mirar tanto la entrada como la salida.